



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



Memoria en Palabras

Paula Bombara

EL RÍO DEL OLVIDO

De Eleodoro



**Ministerio de
Educación**
Presidencia de la Nación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Eduardo Aragundi

JEFE DE GABINETE

A. S. Pablo Urquiza



DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINADORA DISEÑO

Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO

Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez, Mariana Monteserin y Mariel Billinghamurst

REVISIÓN

Silvia Pazos

PIZZURNO 935 (C1020ACA) CABA. TEL: (011) 4129-1000

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2012

“El río del olvido” basado en *Eleodoro*, cap. IX y X.

© Paula Bombara, 2005.

© Editorial Norma S.A., 2005.

Ilustración: Melina Canale.

Uso y reproducción de tapa original del libro, gentileza de Editorial Norma.

EL RÍO DEL OLVIDO

Paula Bombara

Nahuel, triste porque Eleodoro no aparecía, fue a visitar a su abuela. Fue para contarle cuánto extrañaba a su elefante amarillo; sentía, bien adentro de sí, que ella tendría mucho para decir al respecto. La abuela lo escuchó en silencio y, luego, lo miró por encima de sus anteojos. Cuando lo miraba así, Nahuel se acordaba de que su abuela había sido maestra. Se miraron un ratito, ojo a ojo, y se formó un puente secreto entre ellos, un puente en donde se podía hablar de cualquier cosa.

–¿No estás grande para extrañar a un peluche? –preguntaron los ojos de la abuela.

–Sí, ya sé que soy grande, pero Eleodoro es más que un peluche –respondieron los ojos de Nahuel.

–¿No te importa que los demás puedan pensar que sos un chiquilín? ¿O que te digan algo? –preguntaron los ojos de la abuela.

–Sí... Pero no tanto. Eleodoro me importa más
–respondieron los de Nahuel.

La abuela suspiró y sonrió. Se sentía orgullosa de su nieto.

–Tal vez tu elefantito está en el Continente Deloque-sepierde –pronunció, por fin.

–¿En dónde?

–En el Continente De-lo-que-se-pier-de. Allí van a parar los objetos perdidos.

–¿Y dónde queda eso? ¿Puedo ir a buscarlo?

–Es un poco difícil. Te voy a contar una historia vieja, vieja, que me contó mi abuelo:

Cuando era chico, aunque un poco más grande que vos, mi abuelo perdió a su oso Tulipán. Era un osito de tela, relleno de semillas, con ojos de botones y sonrisa de hilo rojo, que tenía desde siempre. Lo buscó por todas partes, pero el oso no estaba. Mi abuelo lloró mucho, porque Tulipán era muy importante para él. Y, como vos, tuvo un sueño. Soñó que Tulipán estaba en el Continente Deloque-sepierde, un lugar que se encuentra justo entre la memoria y la realidad, donde los objetos hablan, sienten y pueden caminar. Allí van a parar las cosas que uno quiere mucho, cuando las pierde. Y para viajar a ese lugar, hay que ir hacia adentro, y recordar.

Seguramente vos ya perdiste otras cosas. Alguna media, o un soldadito, o un caramelo justo cuando más ganas tenías de comértelo. Pero también estoy segura de que no eran tan importantes como Eleodoro. Al menos no te interesó recuperarlos. Porque

solo los objetos que llevamos prendidos al corazón nos llevan hacia el Continente Deloquese pierde.

Como te decía, Nahuel, mi abuelo soñó con ese sitio y, al despertar, trató de dibujar todo lo que había soñado. Pero ojo, no todos tenemos que llegar allí dibujando; hay mil caminos. Eso es lo que él me dijo. Lo importante es recordar. Mantener viva la memoria, esforzarnos por no olvidar los detalles que hacen único nuestro sentimiento.

Lo que pasa es que mi abuelo recordaba las cosas así, con dibujos. Hizo unas pinturas bellísimas, pero muy tristes. Después te las voy a mostrar. Hace más de cincuenta años que las tengo guardadas. Cuantos más dibujos hacía, más detalles recordaba. Cuanto más pensaba en ese lugar, más cerca lo sentía. Cuanto más recordaba a Tulipán, más se aproximaba a un Río asqueroso, podrido y con olor a basura: el Río del Olvido, el paso obligado para recuperar a su oso.

La abuela continuó su relato hasta que terminó. Nahuel hacía rato que se había dormido, escuchándola. Pero su abuela siguió hablando, porque sabía que cuando uno escucha con el corazón, el manto del sueño no tapa los oídos.

Más tarde, en el camino de regreso a casa, mientras caminaba de la mano de su abuela, Nahuel pensó mucho en lo que ella le había contado. Sobre todo en que recordar nos lleva a otros continentes. Luego, se concentró en Eleodoro. ¿Estará solo? ¿Me va a retar por olvidarlo? ¿Y si se busca otro dueño porque me lo olvidé?

Cuando llegaron, corrió a abrazar a su mamá. Sin saber por qué, se largó a llorar. La mamá miró a la abuela primero y a su hijo después; le preguntó que le pasaba y Nahuel, con vergüenza, dijo que extrañaba a Eleodoro. La mamá lo abrazó fuerte, dijo “No te preocupes, ya va a aparecer”, y lo llevó a su habitación.

Esa noche a Nahuel le cocinaron su comida preferida y su papá le contó historias de barcos y piratas hasta que se le curó un poco la tristeza. Cuando quiso estar solo, se hizo el dormido y, entre las pestañas, vio cómo su papá se marchaba y apagaba la luz.

“La abu dijo que cada uno debía encontrar su camino al Continente”, se dijo Nahuel, a oscuras, entre dormido y despierto. “Lo que hay que hacer es recordar. Ir hacia adentro, pero de verdad”.

Estaba rodeado por tinieblas y tuvo la impresión de que los muebles se agrandaban. “Esto parece de Alicia”, pensó Nahuel recordando la historia que había leído hacía poco. Todo era oscuro.

A lo lejos, algo comenzó a brillar. Fue hacia allí.

Al acercarse, notó que el brillo era la luz de incontables velas encendidas.

“¿Me faltará poco?”, se preguntó Nahuel. Siguió caminando hacia adentro. Caminar con la mente era mucho más difícil que caminar de verdad. Se esmeró en ser sigiloso como una pantera. Se escucharon voces lejanas y extrañas que decían su nombre. Fue hacia las voces. Provenían del otro lado de un río tan ancho como el Río de la Plata. Un río formado por pedazos de trapos sucios, hojas de periódicos hechas pasta, brea espesa, agua podrida, gases que

lo hacían llorar, olores nauseabundos y otro montón de cosas imposibles de identificar. Las voces que llamaban a Nahuel se mezclaban con los sonidos del río, que eran tan horribles como todo lo demás.

–¿Quién me llama? –preguntó, con voz de gigante. Hablar con la mente también era diferente a hacerlo con la boca. Se hablaba con la voz que uno quería.

–Eeeeeooooo dooooooo...

“¡Esa es la voz de Eleodoro!”, pensó Nahuel. Era la voz que él había imaginado para su elefante. “Debo estar cerca del Continente Deloquese pierde”.

–Eleodoro, ¿qué tengo que hacer?

–¡Seguíiiii creyeeendooooo en míiiiiiiii!

¿Cómo iba a dejar de creer justo ahora, que todo le estaba pasando?

Sin saber qué hacer, Nahuel se sentó sobre una piedra a esperar que Eleodoro apareciera por algún lado. ¿Saldría del fondo de ese río inmundo? ¿Veniría por el aire? ¿O aparecería a sus espaldas?

Para mantenerse concentrado, se puso a cantar la canción que había inventado para su elefante cuando estaba en Jardín. La melodía era como la del cumpleaños feliz, pero, bueno, ¡él no era músico!:

*Eleodoro feliz,
con tu trompa amari.
Que te tiro,
que te agarro,
Eleodoro, vení.*

Mientras tanto, del otro lado del Río del Olvido, Eleodoro estaba junto a sus compañeros de viaje, Don Chicle y Hebilla, dos objetos que, como él, se resistían a ser olvidados. Las veces que los humanos se detenían a pensar en aquello que habían perdido podían contarse con los dedos de las manos. Eran muy pocos los que, aunque crecían, revivían su niñez para recuperar lo que los había hecho felices.

–Esto de hacer memoria es un ejercicio difícil para los hombres –explicó Don Chicle a Eleodoro–. Su dueño me está dando la mayor alegría de mi vida.

Eleodoro abrió las orejas, un poco en señal de orgullo y otro poco, para escuchar mejor la canción de Nahuel.

El chicle y la hebilla discutían, armando un plan. Sabían que cruzar sanos y salvos ese río era casi imposible. No había bote ni lancha a motor que lo hubiera logrado. Y, por el aire, necesitaban un avión.

–¡Un momento! Si tuviéramos un globo aerostático podríamos cruzar... –exclamó el chicle.

–¡Qué vivo! –respondió la hebilla- Con un helicóptero a pila también podríamos cruzar el río. ¡Pero no lo tenemos, Don Chicle!

–Yo podría inflarme hasta ser como un globo de esos... Creo que podré resistir hasta la otra orilla. Usted, Doña Hebilla, podría agarrarse fuerte de mí para que Eleodoro la use como asiento. ¿Qué les parece?

–¡Magnífica idea! –exclamó la hebilla, sorprendida de que el chicle fuera tan inteligente.

–¿Y si no llegamos? –preguntó Eleodoro.

Otra vez el silencio se transformó en miedo. Tan-

to el chicle como la hebilla sabían que eran pocos los que habían logrado cruzar el Río del Olvido. Pero ellos estaban dispuestos a intentarlo. Mientras Nahuel permaneciera del otro lado, apoyándolos, nada era imposible.

–Vamos a llegar, Eleodoro, lo más importante es Nahuel. Y él está esperándolo. Escuche cómo canta. ¡Fíjese, eligió la voz de un ruiseñor, nada menos! Confíe en nosotros –dijo el chicle, mirando a su compañero directo a los ojos.

El chicle comenzó a aspirar grandes bocanadas de aire. Poco a poco fue inflándose hasta convertirse en un globo mediano. Continuó tomando aire hasta que no pudo mantenerse en el piso. En ese momento hizo señas a la hebilla, que lo sujetó con fuerza. Eleodoro se sentó sobre ella, enganchó su cola a la parte metálica para no caerse y fueron levantando vuelo.

–¡Eleodoro, mueva sus orejas para impedir que el globo se desinfla! –gritó la hebilla.

Eleodoro hizo caso. El chicle iba soltando poquito a poco el aire en dirección al Continente Deloquese pierde, provocando así un impulso hacia la orilla opuesta.

–¡Lo veo, lo veo! ¡Allí está Nahuel! ¡Nahuel! ¡Nahuel!

Nahuel escuchó la voz de Eleodoro cruzando el aire. Miró hacia el río y vio el extraño globo anaranjado en el que venía su elefante.

–¡Eleodoro! –exclamó Nahuel.

–Eleodoro, dígame a Nahuel que nos ayude –pidió el chicle.

El elefante lo hizo y Nahuel comenzó a caminar en círculos, sin saber qué hacer. ¿Qué era lo que había

hecho el abuelo de su abuela? No recordaba nada. Se le ocurrió aspirar aire, creyendo que eso funcionaría como una aspiradora.

El globo comenzó a temblar como en medio de una tormenta.

–¡NO, NO! Para acercarnos a él tiene que pensar en usted, Eleodoro –le dijo el chicle tratando de no perder altura por esos cambios de viento.

Eleodoro se lo transmitió a Nahuel. Él pensó en todos los momentos que había pasado junto a su querido elefante.

No se le ocurrían pensamientos con palabras. Pero recordaba un montón de imágenes de Eleodoro: eran fotos que había tomado con sus ojos. En ese momento se acordó de lo que la abuela le había contado: “...entonces mi abuelo imaginó que el aire era su amigo y le pidió que empujara al osito Tulipán hacia él”.

Eso hizo Nahuel y el aire se hizo amigo. Eleodoro y sus compañeros sintieron una brisa suave, con sonido a risa cálida, húmeda de emociones y calor de abrazo, impulsándolos. Pronto estarían del otro lado. Pronto dejarían atrás el Río del Olvido. Pronto... lo imposible sucedería.

“El río del olvido” basado en *Eleodoro*, cap. IX y X.

© Paula Bombara, 2005.

© Editorial Norma S.A., 2005.

Se puede vivir como si no existiera el pasado; caminar kilómetros para alejarse de la propia huella, creer que se avanza evitando volver la vista atrás.

Poner en palabras, en cambio, plantea el desafío de mirar al dolor directo a la cara. Es una tarea difícil pero son ellas, las palabras, las que nos ayudan a nombrar el horror, el miedo, darles forma y quizás, poder asir aquello que duele. Son las palabras las que nos permiten construir una memoria en común, e iniciar un nuevo camino. Marzo sigue siendo un mes en carne viva; aunque intentemos transcurrir sin detenernos ante nada, caminar sin ver nos hace tropezar.

Esta colección reúne textos de autoras y autores argentinos que tomaron la palabra para hablar de este pasado, desde la diversidad de planos: la identidad, la pérdida, el miedo, las prohibiciones, la posibilidad de imaginar, la necesidad de contar con alguien.

Frente al silencio y al ocultamiento, una, dos; decenas de voces brotan. Con ***Memoria en Palabras*** quisimos acercar esta experiencia a las escuelas. Sembrar historias, relatos tejidos con tinta para lograr, quizás, que germine un jardín entre tanta oscuridad.

PLAN NACIONAL DE LECTURA



BIENNO MILITARE
FUERZAS ARMADAS
N ASUMIDO HOY EL EJERCICIO DEL PODER
Preservan los Mandatos Políticos, se
entre el Congreso y se Renunció a



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

ARGENTINA
UN PAIS CON BUENA GENTE

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

NIÑOS

NUNCA MAS

